

eISSN: 2387-1555

DOI: <http://dx.doi.org/10.14201/rea2020993104>

APÓSTATAS, APACHES Y SICARIOS. LOS ANTEPASADOS ENTRE LOS PIMAS DEL NOROESTE DE MÉXICO

Apostates, Apaches and sicario. The ancestors among the Pimas of northwestern Mexico
Apóstatas, Apaches e pistoleiros. Os ancestrais entre os pimas do noroeste do México

Andrés OSEGUERA MONTIEL¹*Escuela de Antropología e Historia del Norte de México**Instituto Nacional de Antropología e Historia*✉ andres_oseguera@inah.gob.mxORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4755-6984>

Resumen: De acuerdo con la memoria mítica entre los pimas, los antepasados eran seres extraños que vivían en las cuevas de las montañas y comían carne cruda y sin sal. Partiendo del concepto de estructura de coyuntura, propuesto por Marshall Sahlins (1997), este trabajo pretende demostrar que los acontecimientos de la historia reciente protagonizada por hombres extraños son una actualización práctica de la categoría cultural de antepasado. Es una praxis situacional del significado que implica una transformación y una actualización por acontecimientos protagonizados por los apóstatas y los apaches de los siglos XVIII y XIX, así como por los actuales sicarios dedicados al trasiego de drogas en la época actual.

Palabras claves: pimas; antepasados; apóstatas; apaches; sicarios.

Abstract: According to the mythical memory among the Pimas, the ancestors were strange beings who lived in the caves of the mountains and ate raw and unsalted meat. Starting from the concept of structure of conjuncture, proposed by Marshall Sahlins (1997), this paper aims to demonstrate that the events of recent history carried out by strangemen are a practical update of the cultural category of ancestor. It is a situational praxis of the meaning that implies a transformation and an update by events carried out by the apostates and the Apaches of the XVIII and XIX centuries, as well as by the current *Sicarios*—assassins—dedicated to drug smuggling at the present time.

Keywords: pimas; ancestors; apostates; apaches; sicarios.

Resumo: De acordo com a memória mítica entre os Pimas, os ancestrais eram seres estranhos que viviam nas cavernas das montanhas e comiam carne crua e sem sal. A partir do conceito de estrutura de conjuntural, proposto por Marshall Sahlins (1997), este trabalho procura demonstrar que os eventos da história recente realizados por homens estranhos são uma atualização prática da categoria cultural do ancestral. É uma praxis situacional do sentido que implica uma transformação e uma atualização pelos acontecimentos realizados pelos apóstatas e os apaches dos séculos XVIII e XIX, bem como pelos atuais *malfeitores* dedicados à transferência de drogas na atualidade.

Palavras-chave: pimas; antepassados; apóstatas; apaches; assassinos.

I. Introducción

En 1723 se llevó a cabo, en un pueblo enclavado en las montañas de Sonora, México, un juicio contra el General de la Nación Pima Don Thomas. Este general fue acusado por las autoridades eclesíásticas por incitar a los pimas a la sublevación; por no respetar las normas instauradas bajo la obediencia de los sacramentos como el matrimonio y fomentar el consumo de bebidas alcohólicas. Los jesuitas acusaban a Don Thomas de querer vivir como los antiguos, como sus antepasados que no seguían ninguna de las buenas costumbres.

Esta puesta en práctica de una categoría no se debe a un acontecimiento aislado. Lo que se busca en este trabajo es demostrar que los acontecimientos del pasado y del presente no pueden ser entendidos sin un

¹Este trabajo es resultado del proyecto Cultura Serrana Mestiza y del Programa Etnografía de las Regiones Indígenas de México, Equipo Tepimano del INAH.

sistema cultural específico. No se trata de un sistema que terminó de constituirse; este sistema parece actualizarse cada vez que uno de las categorías se emplea para entender situaciones similares. El concepto de antepasado, en pima *oichkama*, no es, en este sentido, unívoco. El concepto se va transformando dependiendo de los acontecimientos que se van presentando. Los *oichkama* vivían como ahora los pimas, pero eran gentiles, es decir, no tenían nombre y no habían sido bautizados. Comían carne cruda y sin sal; comían las raíces de las plantas y vivían en los agujajes² (OSEGUERA, 2013). En el documento del siglo XVIII, los jesuitas que buscan enjuiciar a Don Thomas junto con sus seguidores tenían una noción de antepasado; los sacerdotes advertían que las prácticas de Don Thomas era una invitación a vivir como lo hacían los antepasados: amancebados, tomando bebidas alcohólicas y viviendo en el monte fuertemente armados. Para los actuales pimas, los apaches eran representantes de una forma de vida que imitaba a sus antepasados, comiendo carne cruda y sin sal. Una forma de vida grotesca similar a la que estaba incitando el mismo Don Thomas cuando invitaba a los pimas a vivir en el monte, tal como lo hacían los antiguos.

Se argumentará con razón que las referencias históricas registradas en un archivo en donde hay una evidencia de lo acontecido en el juicio hacia un General de la Nación Pima no puede equipararse con el recuerdo de los pimas actuales sobre los acontecimientos de una guerra contra los apaches escasamente registrada. Pero es aquí donde el lenguaje, inscrito en un sistema cultural, no necesariamente debe mantenerse fiel a las representaciones originales que le dieron origen. De hecho, se puede asegurar que estas palabras -conceptos- no fueron fieles a un significado desde su origen. Lo que se puede advertir, siguiendo a WITTGENSTEIN (1988), es la evidente existencia de un «juego del lenguaje» en torno a una serie de conceptos que desde hace varios siglos están asociados a distintos modos de vida.

La prueba de esta transformación constante de los conceptos ante eventos imprevistos de la realidad lo constituye la presencia de sicarios dedicados al trasiego de droga y protagonistas de enfrentamientos armados en los pueblos indígenas de la sierra Madre Occidental. Este tipo de acontecimientos remite a las categorías culturales como la de antepasado destinada en un momento específico a los apóstatas contrarios a la corona española. En otros términos, la presencia de sicarios en los pueblos pima remite a una «estructura de coyuntura» entendida como una realización práctica de las categorías culturales, o de una «mito-praxis» que alude a la recreación permanente de las relaciones míticas (SAHLINS, 1997). La propuesta de una estructura de coyuntura como de la mito-praxis implica considerar que estas categorías culturales depositadas en un conocimiento mítico se van actualizando, por decirlo de alguna manera, frente a los acontecimientos imprevistos en el presente. Implica asumir que el presente en realidad es interpretado por categorías del pasado.

Para demostrar lo anterior, se analiza el documento histórico de principios del siglo XVIII para identificar los conceptos empleados en el juicio contra un personaje importante de esa época: un General de la Nación Pima llamado Don Thomas. Por otra parte, se analizan los datos etnográficos recabados durante los últimos tres años en la zona pima del noroeste de México. Se realizaron entrevistas a los indígenas mayores que recuerdan las historias de las andanzas de los apaches en territorio indígena para contrastar las mismas categorías que se utilizan en el juicio contra Don Thomas y las empleadas por los actuales indígenas para

² Los agujajes son emanaciones de agua que se mantienen con el mismo nivel del líquido vital incluso en épocas de secas. En torno a estos pozos de agua constante hay una gran cantidad de evocaciones por parte de los pimas. Consideran, por ejemplo, que en el interior de los mismos existen animales que son los que le dan «vida», es decir, que permiten que no se sequen durante la temporada de lluvias. Entre los animales que figuran en la mitología está la serpiente. Los agujajes son lugares de vida –se utiliza el agua para llamar las lluvias y que la siembra de maíz y frijól se dé sin complicaciones- pero también lugares de peligro. Existen una serie de prohibiciones para que niños y mujeres embarazadas no enfermen de susto (OSEGUERA, 2013).

referirse a los apaches. Además, se analiza las situaciones de violencia que se viven en la actualidad debido al trasiego de drogas en la sierra Madre Occidental.

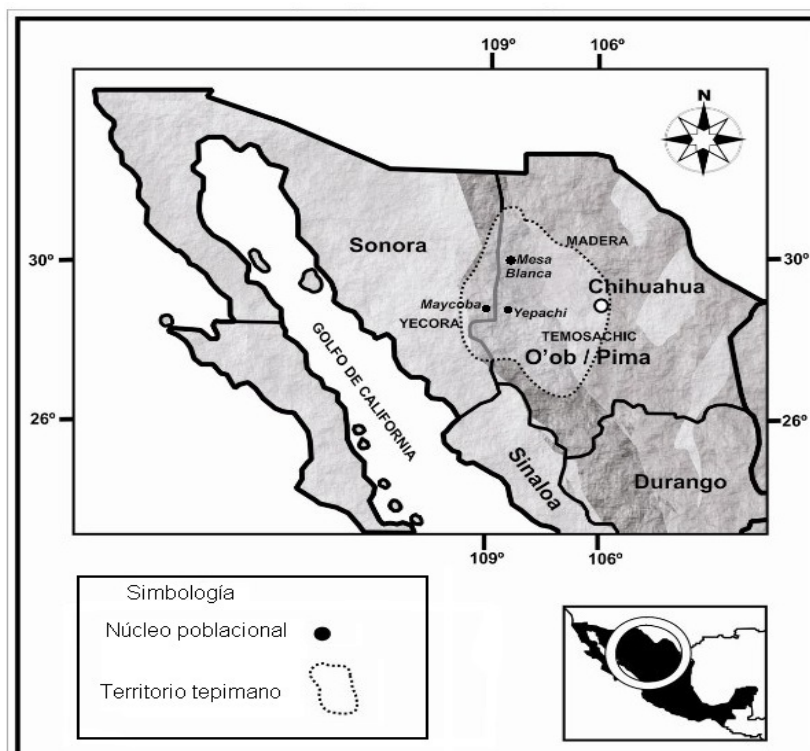


Figura n.º 1. Ubicación de los pimas.

II. Vivir como los antepasados. El juicio contra el apóstata Don Thomas

El juicio que se le sigue al General de la Nación Pima Don Thomas lo encabezan los jesuitas³. El principal involucrado es el jesuita Pietro María Proto (Protho), que desde 1701 hasta su muerte, en 1730, estuvo al frente de la misión de San Idelfonso de Yécora, que formaba parte de las misiones sonorenses⁴ (GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1977). Este jesuita fue testigo de la organización y levantamiento de los tarahumaras en 1697, una rebelión significativa no sólo por la violencia y la organización indígena contra las imposiciones de los misioneros, sino por el eco que tuvo con otros grupos indígenas de la región como los pimas y los jovas. El padre José Guerrero Villaseca, encargado de la misión de Tutuaca (misión tarahumara y pima), informó al General Alday que el padre Proto, cuando éste llegó de manera inesperada al pueblo de Cocomórachi, sorprendió a los tarahumaras organizándose para el levantamiento. Cuando los indígenas vieron llegar al padre, se fueron del pueblo (ALMADA, 1937).

Don Thomas Casinon⁵ era un indígena pima nativo de Maycoba. Se sabe que antes de tener el cargo de General de la Nación Pima era gobernador de esta misión, es decir, se trataba de un indígena que tenía rela-

³ El documento donde se relata este conflicto está en el Archivo Histórico Municipal de Parral, Sección, Milicias y Guerra, Serie Sediciones, Caja 18, Expediente 188 (AHMP. SMG. C.18. exp.188). En la portada del expediente se aclara que son «Autos que se le han seguido por este Superior Gobierno de este Reyno de la Vizcaya contra el indio D. Thomas General de la Nación pima por informes de los R.R.P.P misioneros de las misiones de la pimería, siendo Gobernador y Capitán General de este Reyno el General Juan Martín de Alday», con fecha de 1723.

⁴ De acuerdo con Luis González Rodríguez, el padre Pietro María Proto nació en Milazzo, Sicilia, en 1662. Entró a la compañía de Jesús en 1680 y en 1692 se embarcó para México en compañía de otros misioneros de Sonora, como el padre Januske. De 1693 a 1701 fue misionero de la Tarahumara. Fue rector del Rectorado de Nuestra Señora de Guadalupe en al Tarahumara Alta de 1696 a 1699. El padre murió el 14 de mayo de 1730 (GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1977: 190).

⁵ En otras partes del legado aparece con los apellidos de Paínoré y Casinorí. Sin embargo, a lo largo del legajo se refieren simplemente como D. Thomas.

ción constante tanto con los sacerdotes como con los colonos laicos y las autoridades civiles. El juicio que se le sigue es por intento de sublevarse contra el Rey de España Felipe V (de 1700 a 1746), pero aunado a este primer delito que se le imputa, se le acusa de tener un comportamiento y costumbres propias de los «antiguos», principalmente se le acusa de consumir bebidas embriagantes y vivir en amasiato con una indígena pima llamada Cristina. Aunque no hay evidencia suficiente para demostrar que el motivo del pleito tuviera alguna relación con un asunto de tierras (y el despojo a los indígenas pimas que vivían en las misiones), es probable que detrás del juicio los misioneros y los gobernadores de las misiones pimas buscaran revertir una concesión de tierras a Don Thomas por parte de las autoridades civiles. Al final del documento el mismo Thomas pide a las autoridades de Parral, donde se da el veredicto final, se le «devuelva el pueblo [de] Yepachi», lo que estaría demostrando que detrás de las acusaciones por levantarse en armas contra el rey y demostrar un comportamiento contrario a la moral cristiana, existía un conflicto por acaparamiento de tierras y ganado por parte de Don Thomas, bajo el consentimiento de las autoridades civiles.

Lo que me interesa destacar de este juicio, donde comparecen nueve testigos y la mayoría de ellos indígenas pimas, son los conceptos utilizados para acusar a Don Thomas. En concreto se decía que Thomas quería vivir como los antiguos. Es decir, quería vivir lejos de los pueblos, en un cerro viviendo como lo hacían los antepasados antes de la llegada de los españoles. Lo acusaban concretamente por estar haciendo «inquiétudes y dicinciones» con «tlatoles» y «ablas» entre los indígenas pimas.

Pero además se le acusaba de fomentar las «embriagueses». Todos los testigos coinciden en que habían visto a Don Thomas embriagándose en su casa en Maycoba y en distintas partes de la sierra; no lo hacía sólo, siempre estaba con su «gavilla» que lo secundaba. Se menciona a Andrés, a Francisco, a Miguel, a Sebastián, y a Juanito, todos ellos del pueblo de Maycoba. Ellos, según los testimonios, tenían horrorizados a los pimas porque, además de estar bajo los efectos del alcohol, eran valientes y andaban con muchas armas «y aci nadie se atrevía a acogerlos, ni a decirles nada»⁶.

Otra acusación importante tenía que ver con el rechazo de Don Thomas al matrimonio. El General defendía que los pimas vivieran amancebados, tal como lo hacían los antiguos. Esto ocasionó un conflicto con las autoridades del pueblo de Yepachi, con el Gobernador Juan Painolli y el cura. Éste le había pedido al Gobernador de Yepachi que apartara a los amancebados que se encontraban en este pueblo, pero el General, que se encontraba en Yepachi, se lo impidió y supuestamente tuvieron un fuerte altercado. Todo parece indicar que Don Thomas estaba realmente indignado que se impusiera a los pimas el matrimonio y amenazó al Gobernador Juan Painolli de muerte.

Según el documento, varios indígenas siguieron los consejos de Don Thomas de alzarse con arcos y flechas, e impedir que las «justicias» les impusieran esta nueva forma de vida; les decía que «cojieran su mais y trastes, y se fueran a la cierra». De los que siguieron los consejos de Don Thomas estaban los pimas llamados Pedro, Pedro Simon, Francisco, Nicolas, Juan y Lorenzo. Ellos se fueron del pueblo de Yepachi a la sierra fuertemente armados con arcos y flechas. Sólo Lorenzo recapacitó y se regresó al pueblo de Yepachi.

Además, a Don Thomas se le imputaba de tener una amante llamada Cristina, y fomentar la vida «manceba». Cristina estaba casada con un tal Miguel de un paraje cerca de Maycoba. El Gobernador de Yécora, en su testimonio, señala que el sacerdote de Maycoba, el padre Grandorp «se la quitó durante la Semana Santa al dicho Don Thomas, y que por mano de la justicia se la entregaron a su marido Miguel; y oy están viviendo marido y mujer en un paraje llamado Pazgaram, tres leguas arriba del pueblo de Maicoba».

⁶ AHMP. SMG. C.18. exp.188 F. 28

Cuando testifica Cristina se deslinda de toda responsabilidad, declarando que fue obligada por Don Thomas a vivir con él y con la esposa del General. Durante el juicio Cristina señala que no tenía hijos con su marido Miguel «y que solo atenido después de casada un hijo y que era del dicho D. Thomas». Se le preguntó «que dónde está esa criatura, que si era hombre, o mujer; respondió que era mujer y que la pario de noche», y que:

«ací que la pario cojio el dicho D Thomas a su hija, y fue y la mato y la echo en una barranca detrás de su casa y que nunca aviso de esto a las justicias de miedo, se le pregunto porque causa avia matado la criatura el dicho D Thomas dijo que de selos la había muerto, y que ací nunca le dijo nada; se le pregunto por dicho interprete que porque le tenia miedo a D. Thomas; responde por el dicho interprete que por que la asotaba y que la tuzo no a mucho»⁷.

Por último, a Don Thomas se le acusó de intentar alzarse en un peñol llamado «Guagualoco», muy cerca de Moris, con su gavilla con armas y provisiones. Cristina, en su declaración mencionó que Don Thomas les decía a todos:

«que hicieran muchas flechas que no se dejasen coger de las justicias», que, si los agarraban que «los matazen, que todos se yrían a Guagualoco con sus mugeres y que allí vivieran como los antiguos».

De acuerdo con los testigos, la intención de Don Thomas era alejarse del dominio español, del trabajo que les imponían en los reales de minas; de las costumbres impuestas por los jesuitas; de las autoridades incluyendo a los gobernadores y a todos aquellos que estaban a favor del gobierno español. Según los testigos, en el peñol de Guagualoco había «muchos xentiles alsados» de todas partes de la sierra. De tal forma que para los españoles los rumores de un levantamiento representaban un verdadero peligro.

Todos los testigos coincidieron que el General ya estaba a punto de irse a ese lugar pues ya tenía caballos y mucho ganado en el lugar llamado Cuxuma, que estaba en camino de Guagualoco, junto al pueblo de Moris, y que en castellano quiere decir el paraje de las Palmillas. Don Thomas se había hecho de mucho ganado y caballos, según consta en la declaración del Capitán de Milicia de Moris, Calixto, robando y extorsionando a los españoles. Al parecer, cuando pasaba un español por esos parajes, Don Thomas cuidaba de las bestias que llevaban. Pero cuando le pedían de vuelta los animales, Don Thomas les decía que se habían muerto.

Durante el juicio no se escucha la voz de Thomas. Sólo al final de este documento se transcriben las cartas donde el acusado se defiende y pide «se le devuelvas sus títulos». Su defensa es remitida a las autoridades de Parral donde se revisaba el caso y donde se da el veredicto definitivo del juicio. Lo primero que solicita Thomas es que se le devuelva el pueblo de Yepachi «cuyos naturales son pimas, y haber estado siempre anexo a esta capitania por constar de mis títulos los cuales se sirvió vuestra majestad devolverme». Se defiende Thomas diciendo que él ha sido fiel vasallo del rey, es decir que ha peleado por la causa española en contra de los indígenas tarahumaras revoltosos, a los que traicionó, y los entregó al general Andrés Rezabal y peleó en el peñol de Moris junto al capitán Retana⁸.

Todo parece indicar que las acusaciones de un supuesto alzamiento armado en Moris y el reclamo de aceptar uniones fuera del matrimonio eran parte de una campaña destinada a debilitar el poder del General de la Nación Pima, que reclamaba se le devolviera el pueblo de Yepachi que las mismas autoridades se lo habían otorgado como parte de sus servicios militares. Los chismes y rumores en torno al General lograron su cometido: generaron temor no sólo entre la población indígena sino entre las autoridades españolas; el rumor

⁷ AHMP. SMG. C.18. exp.188 F. 33.

⁸ AHMP. SMG. C.18. exp. 188 f. 28.

del levantamiento hizo que se desplegaran los militares en la zona. De ser un aliado, el General se convirtió en un representante de los hombres temibles, apóstatas y bárbaros, es decir, un representante de las costumbres de los antiguos.

III. La guerra apache en los términos de la mitología

Algunos indígenas todavía recuerdan los detalles de las guerras que los pimas libraron con los apaches. Hablan de las tácticas que usaban: era necesario sacrificar una vaca y untarse el sebo y los sesos del animal muerto para que los pimas pudieran pasar desapercibidos entre los apaches para tomarlos por sorpresa y atacarlos. Se recuerda además las destrezas que tenían los apaches: eran muy veloces, caminaban más rápido que cualquier otro indígena. Para caminar como ellos era necesario comerse el corazón de un pájaro llamado chuparrosa (colibrí). Alfonso Castellanos (2016) -un hombre de más 60 años que vive en Yepachi, Chihuahua- cuenta que en su pueblo había una cabeza o calavera de apache y que cuando venían los apaches al pueblo dicha calavera comenzaba a gritar. Gritaba tres veces.

Los grupos de cazadores y recolectores de lengua atapascana, conocidos comúnmente como apaches⁹, migraron desde el norte (lo que ahora es Alaska y Canadá) desde antes del siglo XVI, a la región de las grandes planicies de Norte América habitado históricamente por los indios pueblo (GRIFFEN, 1989). Sin embargo, los apaches fueron desplazados de estas grandes planicies por los comanches, que para ese entonces ya utilizaban armas de fuego y eran diestros montando caballos. Muy pronto, los apaches llegaron al sur de Arizona y Nuevo México (WEBER, 2000). A finales del siglo XVII (1670-1680), estos grupos seminómadas arribaron al noroeste de Chihuahua confrontándose con los españoles que venían del sur y con los distintos grupos indígenas de la región que eran usados como tropas por los colonizadores (WEST, 1993; ALMADA BAY, 2010).

La resistencia de los apaches, así como las estrategias de movilidad en lugares poco transitados, les otorgó la fama de ser muy sanguinarios; el conflicto con los colonos europeos se prolongó hasta el siglo XIX. Se les recuerda por sus gustos excéntricos: se comían la carne cruda de las mulas y los caballos; eran además excelentes jinetes y atacaban de noche en los distintos asentamientos como reales de minas, ranchos y misiones (WEST, 1993).

Los recuerdos que ahora tienen los pimas sobre la presencia de los apaches en sus pueblos concuerdan con los estudios históricos que relatan las travesías de estos grupos atapascanos. Alfonso Castellanos rememora, por ejemplo, que los pimas tuvieron varios enfrentamientos con estos apaches. En una ocasión estos invasores se habían llevado a uno de los niños del pueblo, pero los pimas los emboscaron al salir del pueblo y lograron recuperar al niño. Las atrocidades que cometían eran legendarias: a los que capturaban les quitaban la planta de los pies, y a los niños los aventaban muy alto y en lugar de cacharlos los esperaban con la punta de una lanza. Eran distintos a los pimas de ahora y de antes. Los apaches no comían sal y esto demostraba que nunca fueron bautizados. Cuando había rumores de que venían los apaches, los pimas se refugiaban en el monte ante su posible presencia. De hecho, menciona que los pimas tuvieron que mudarse del pueblo en el que vivían antes. En ese primer pueblo, los pimas fueron obligados a abandonar sus casas y refugiarse en las cuevas. Debido al constante asedio de los apaches, se vieron obligados a cambiar de lugar para fundar lo que

⁹ El término apache es una derivación de *apachú* que en lengua zuñi significa «enemigo». Los grupos atapascanos se autodenominan a sí mismos *diné* que significa «el pueblo» (WORCESTER, 1979:7).

ahora es Yepachi. Esta historia que cuenta ahora Alfonso Castellanos sobre la guerra apache no se remite a una fecha específica; se trata de las historias que contaban antes sus antepasados.

Los «apach» eran un «carajo»-relata el pima José Onésimo Rodríguez de Maycaba (2018)-; comían carne cruda y no le ponían sal. Les gustaba la carne de caballo; eran excelentes cabalgantes de las bestias salvajes y vivían en el monte. Rumbo al pueblo de Yécora, Sonora, -el asentamiento limítrofe entre la sierra y la misión de Sahuaripa- hay un cerro llamado Cebadí. En ese cerro se escondían los apaches. Atacaban a todos los que, provenientes de Maycoba, pasaban por ahí. Recuerda José Onésimo que en una ocasión dos hombres cargados de costales de maíz venían por ese rumbo. Fueron flechados y uno de ellos murió. El maíz que cargaba se desparramó por todo el camino. Recuerda que gente tenía mucho miedo de pasar por ahí.

Estos «indios de guerra» como se les conocía en la época colonial, también atacaron al pueblo de Maycoba. José Onésimo rememora que había un grupo de estos indígenas cerca del centro del pueblo. Se la pasaban tomando «tesgüino»¹⁰ gracias a una mujer pima que les preparaba la bebida embriagante. Los apaches decidieron atacar a los pimas, quienes, al verse asediados por las flechas que lanzaban sus enemigos, se refugiaron en la Iglesia católica. Las gruesas paredes de este templo impedían que las «jaras» que lanzaban los apaches los alcanzaran. Los pimas decidieron contraatacar; salieron del templo lanzando flechas y protegiéndose con la imagen del santo patrono de San Francisco. Fue así como los pimas de Maycoba lograron defenderse y ahuyentar a los apaches.

Las costumbres que los pimas recuerdan de los apaches son atribuibles a los primeros habitantes del mundo. Son los *oichkama*, la gente antigua que habitó el mundo antes de los pimas. Según José Ángel Galaviz, de la ranchería la Dura, en Sonora, estos primeros habitantes trabajaban de noche y dormían de día. No tenían ropa que ponerse y comían solo raíces y animales del monte. Sin embargo, el mundo se volteó y por eso los *oichkama* quedaron abajo (OSEGUERA, 2013). Estos seres antiguos todavía existen. Viven en los aguajes que se forman en las laderas de las montañas.

Otro personaje que evoca las hazañas de los apaches es el *Shardorr*, un maleante que vivía en una cueva. En una ocasión raptó a una mujer llamada Chonita Jiménez del pueblo de Maycoba. Desde chica, Chonita Jiménez acostumbraba a dormir con los becerros porque le parecía más confortable y, sobre todo, más caliente. El *Shardorr* la raptó cuando se encontraba entre los becerros. La llevó hasta su cueva y ahí la trataba muy mal; alzaba la carne para que no se la comiera: le quemaba las manos y los pies con un asador. Cuando el *Shardorr* salía a buscar comida, dejaba a la mujer encerrada con una piedra que tapaba toda la cueva. En una ocasión, cuando el *Shardorr* había salido, unos campeadores escucharon los gritos de la mujer pidiendo ayuda. Fueron hasta la cueva y removieron la piedra que la tapaba. La pudieron rescatar. Unos fiesteros -gente que va a la fiesta- que seguían el camino que conduce a Maycoba para celebrar a San Francisco el 4 de octubre, la vieron perdida y la llevaron hasta el pueblo. La mujer hizo tres días de camino de la cueva hasta Maycoba. Una vez que llegó al pueblo, murió.

Gracias a estos relatos míticos, los apaches ya no resultan ajenos a un sistema cultural que otorga una importancia significativa a los antepasados. No se trata de una categoría estática; de alguna manera, incluso en el recuerdo, la categoría se pone en «juego». SAHLINS(1997) habla en un mismo sentido cuando se refiere a los riesgos subjetivos y objetivos que sufren los sistemas culturales ante la presencia de eventos imprevistos y con la presencia de «nuevos» agentes que recobran el sentido de los conceptos. Los ancestros de los indígenas son los Otros, los que se comportan y viven de manera distinta a los actuales pimas. Con la presencia de los

¹⁰ Bebida hecha a base de maíz fermentado utilizado en los rituales como *yímare* y otras celebraciones religiosas.

apaches y la guerra constante que sostuvieron con los indígenas de Yepachi y Maycoba, la categoría vuelve a tener sentido -en realidad nunca ha dejado de tenerlo. Pero un sentido que implica su transformación. Los apaches como los antepasados tendrán las cualidades y el estilo de vida que se les ha atribuido a los primeros pobladores de estas montañas, pero al remitirse a estos pobladores iniciales, también éstos tendrán una transformación, es decir, el posible recuerdo de un pasado glorioso va cambiando a uno que resulta poco atractivo, incluso diría que repulsivo.

IV. La invención de los sicarios como antepasados

Alberto Vargas Castellano, un hombre pima de más de 70 años que vive en Yepachi, menciona que los sicarios de ahora son como los apaches de antaño(2018). Recuerda que, así como los apaches tenían atemorizados a los pimas para no salir durante la noche, ahora los sicarios mantienen a la población con el mismo temor. Como antaño, ahora viven con miedo. Que el miedo que se vive en las calles del pueblo y en los caminos de la carretera, es el mismo miedo que sintieron sus antepasados con la presencia de hombres armados que robaban las vacas y los caballos.

Con el trasiego de las drogas (mariguana y, sobre todo, amapola), los pueblos indígenas de la sierra Madre Occidental de México han cambiado de fisonomía; ahora hay grupos fuertemente armados que buscan asegurar y controlar la «plaza». La carretera que conecta a los pueblos pimas, con intrincadas y zigzagueantes curvas que atraviesan las altas montañas de la sierra Madre Occidental, se ha vuelto un camino peligroso desde que los sicarios se han asentado en los alrededores de los pueblos. Un camino altamente vigilado; ellos saben quién sale y quién llega a los pueblos.

Las destacadas habilidades físicas de los apaches vuelven a tener una presencia en estos hombres fuertemente armados. El temor de encontrarse con los sicarios ha generado que la carretera quede completamente sin tránsito cuando el ocaso se anuncia en los riscos de las montañas. En las calles que bordean a los pueblos pimas quedan los rastros de una guerra entre bandas del crimen organizado. En Yepachi, por ejemplo, los escombros de una antigua tienda de abastos que está a la orilla de la carretera, fue incendiada y sus dueños asesinados a mansalva.

Aunque algunos de los que han participado en estas actividades delictivas se han integrado a la dinámica cotidiana, la mayoría de ellos no participa de los eventos políticos, religiosos y sociales de los pueblos indígenas. Viven en lugares apartados, en ranchos donde realizan la mayoría de sus actividades comerciales. Cuando salen con sus *pick up* último modelo, con vidrios polarizados y sin placas para transitar por las calles del pueblo lo hacen de forma intimidatoria.

De vez en cuando aparecen en las celebraciones católicas, en las fiestas de quince años o de fin de cursos de las escuelas. Ahí, en la noche, se dejan ver con sus rifles de asalto imponiendo un nuevo orden regido por la violencia y el miedo. Las autoridades de cada pueblo -el presidente seccional de Yepachi y el comisario de Maycoba- sólo esperan que todo fluya sin ningún acto que lamentar. Tienen prohibido hablar de más, a menos que quieran arriesgar su vida. Por ejemplo, para la Velación de la Virgen María del 2015, los pimas se congregaron desde las siete de la tarde en el templo de Yepachi para bailar y tocar sones de *pascola*¹¹. Sin embargo, alrededor de media noche llegaron varios hombres armados para entrar al recinto católico y persignarse. Eran aproximadamente 10 hombres cargando rifles de asalto. Los pimas se han acostumbrado a su pre-

¹¹ Música interpretada por un guitarrero y un violinista. Los danzantes son hombres y uno de ellos lleva puesto un cinturón con pezuñas de venado. La danza es circular en sentido anti horario.

sencia. Nadie volteó a verlos, pero se sentía un clima tenso por su presencia; el miedo, que ya forma parte de la vida cotidiana, se hizo presente en la celebración.

Las autoridades y la gente que vive con los sicarios se ven obligados a llegar a acuerdos. Se trata de declaratorias de paz entre estos grupos y la gente que vive desde hace siglos en esta región. Dejar a los integrantes de estos grupos que realicen sus actividades cotidianas implica que la gente tendrá que cooperar trabajando con ellos, prestando la tierra y no hablar de más. A cambio, habrá tranquilidad: los que parecían ser los perturbadores del orden se convierten ahora en los guardianes de los pueblos. Para evitar despojos de la tierra, asesinatos y violaciones, la gente que vive en los pueblos se comprometen a guardar silencio de las actividades del narcotráfico (siembra, recolección y tráfico). Sin embargo, estas declaratorias de paz no tienen efecto cuando existen disputas por las plazas entre grupos contrarios.

Durante la celebración de la Semana Santa en 2010, un grupo de más de 100 hombres con armas de grueso calibre arribaron al pueblo de Maycoba (LA JORNADA, 2010). El comando hizo una entrada sorpresiva el Domingo de Resurrección. Las *pick up* entraron a las calles principales a toda velocidad deteniendo a los que se encontraban en su camino. Buscaban a sujetos del grupo contrario que habían transgredido su territorio intentado abrir plaza en Yepachi. Los sicarios tomaron desprevenidos a toda la gente del pueblo; había caos y temor en el pueblo. La mayoría de la gente salió de sus casas y, tomando lo indispensable, se refugiaron en el monte; se oía decir a los pobladores «ahí vienen los sicarios». El saldo fueron varios muertos. Cuando finalmente se retiraron, dejando una estela de temor, llegó el ejército, la policía estatal y federal; entraron al pueblo con la misma actitud temeraria en vehículos equipados con armas de grueso calibre.

La ausencia de un grupo armado implica la presencia de otro. Cuando el ejército irrumpe en el pueblo, el grupo armado que atemoriza a la población durante buena parte del año sale y se esconde en la sierra. El ejército y los altos mandos llegan preguntando a la gente dónde están los sicarios. La gobernadora de los pimas me comentaba por ejemplo, que en el 2016 el comandante llegó preguntando por el «Uno»¹². Por supuesto que la gobernadora indígena le aseguró que no sabía nada —es consciente de que, si le ocurre dar información su vida estaría en peligro— pero el comandante del ejército la amenazó y le recordó que encubrir a los maleantes constituía un delito. Aun así, se queda callada. El ejército sale del pueblo sin resolver nada, pero el grupo armado que se había escondido en las montañas vuelve a ocupar las calles del pueblo. El Uno llega a la casa de la gobernadora y la increpa; le pregunta si «soltó la sopa», porque si fue así, no la contaría.

Además de este «control» de la dinámica política y religiosas que se impone por la sola presencia de grupos fuertemente armados, la tranquilidad de caminar por las calles se ha substituido por un temor constante por el miedo a ser víctima de un «levantón», asalto o asesinato; las camionetas patrullan durante toda la noche, aunque lo hagan a su estilo; los tripulantes constantemente hacen alarde de portar armas y tomar bebidas embriagantes y otras sustancias prohibidas. En Yepachi, en el 2015, la gente recuerda que los sicarios «levantaron» a 5 niñas que caminaban al atardecer a orillas de la carretera que atraviesa al pueblo. Afortunadamente, sólo las retuvieron unas horas y después las devolvieron a sus familiares (eran niñas de aproximadamente 9 y 12 años). Otros jóvenes no han tenido la misma suerte, ya sea por desacuerdos en los intercambios y participación en las mismas actividades del tráfico de drogas o por su resistencia a participar, han sido asesinados. La palabra sicario ahora es de dominio público. Es una referencia empírica que ha sido modelada inventada en términos de WAGNER (1981) por convenciones establecidas.

¹² Así suele nombrarse a los cabecillas del grupo que controla la zona, incluyendo al pueblo de Maycoba.

V. Conclusiones

El supuesto levantamiento de Don Thomas a principios del siglo XVIII permite entender las categorías empujadas por las autoridades coloniales para definir al Otro, es decir, a los indios que oponían resistencia a la integración de las misiones. Aunque no es posible comprobar que Don Thomas haya tomado las armas para irse a vivir como los antiguos, el juicio puede ser considerado como un acontecimiento definitorio donde se presenta una praxis situacional, es decir, donde los conceptos como el de antepasado, adquiere una connotación específica: un General quiere regresar a la vida previa a la llegada de los españoles; un hombre que fuerza a una mujer a vivir con él fuera del matrimonio y se muestra desalmado matando a su propia hija. Una situación similar que recuerda a la versión mítica del *Shardorr*, el asaltante que rapta a una mujer y la lleva a vivir a una cueva –tal como lo harían los antiguos-. O los apaches que entran a los pueblos por las mujeres y los niños para llevárselos o matarlos. Y los sicarios, los últimos protagonistas de situaciones similares donde «levantan» a las jóvenes para llevárselas. La categoría de antepasado no es ajena, por lo tanto, a las actividades ilícitas de los actuales sicarios. Esta categoría vuelve a tomar sentido dadas las similitudes que estos personajes encarnan al mantenerse como parte de un grupo que no termina por integrarse a la vida cotidiana de los pueblos pimas y vivir en los márgenes de lo permitido.

El concepto de antepasado no obedece a una concepción de descendencia directa. O al menos, ahora, con los actuales acontecimientos, esta categoría cultural ha ido configurando a los personajes míticos. Unos personajes míticos que, en otros tiempos, tal vez representaban la continuidad -de descendencia- con los pimas. Ahora, estos Otros, los primeros habitantes que poblaron la sierra Madre Occidental, son vistos como extraños; como gente distinta a los pimas.

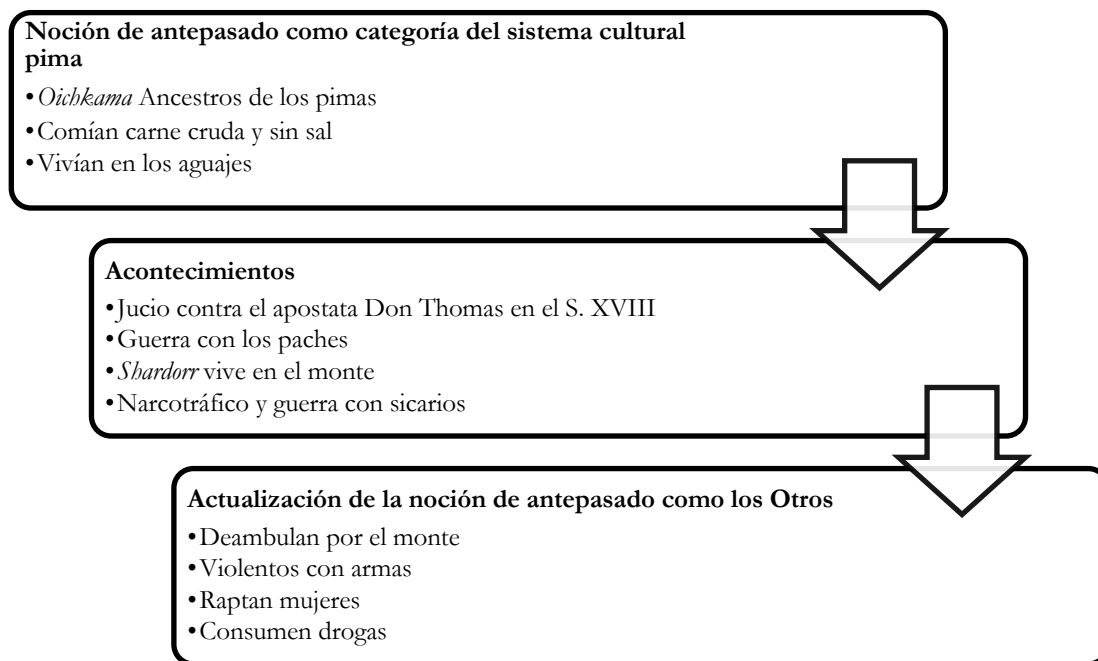


Figura n.º 2 Estructura de coyuntura en torno a la noción mítica de antepasado.

Se podría también advertir la existencia de una estructura a partir de identificar las relaciones entre los personajes. Por ejemplo, durante el juicio de Don Thomas, la imagen de un hombre que vive en lugares poco comunes (cuevas, montes, ranchos alejados de los pueblos, etc.) lo comparten también los apaches y los mismos sicarios. A Don Thomas, y al grupo que lo acompaña, se les describe como trashumantes; es decir, que

van de manera furtiva, de un pueblo a otro pueblo, sin tener una morada fija. Son fugitivos que aprovechan la noche y lo inaccesible de la sierra para atacar por sorpresa o librar los retenes militares de la época. Esta característica fue precisamente lo que definió la guerra apache en el noroeste mexicano y lo que ahora observamos con los grupos criminales que salen y entran de los pueblos de Maycoba y Yepachi, dependiendo de la presencia o ausencia de los militares y la policía federal. Los personajes míticos permitirían, al mismo tiempo, reforzar una correspondencia entre los elementos y las acciones de los personajes históricos. Al menos esto podría servir para organizar el rompecabezas. Cada elemento novedoso entraría en la estructura que de alguna o otra forma, ya estaba predestinado a ocupar (LÉVI-STRAUSS, 1992).

Sin duda, la alternativa del estructuralismo podría resolver la forma de relacionar los distintos elementos que parecían no tener una correspondencia, pero evitaría comprender el papel de los acontecimientos y las posibilidades de las interpretaciones que los sujetos realizan a través de contextos históricos específicos. De eso trata el carácter heurístico de la estructura de la coyuntura, de aproximar el análisis específico a través de la historia sin que esto impida hablar, al mismo tiempo, de una estructura en el cual se presenta el acontecimiento.

De esta forma, las mismas transformaciones de las categorías del sistema cultural pima se han movido en dos direcciones. Por una parte, el juego del lenguaje permite entender situaciones extrañas utilizando conceptos conocidos para eventos desconocidos. Por otra parte, este sistema cultural ve transformado el sentido de los conceptos para el que fue diseñado, es decir, el sentido de antepasado para hablar de los descendientes de los pimas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMADA BAY, I. (2010). *Sonora. Historia breve*. México: Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.
- ALMADA, F. R. (1937). *Apuntes históricos de la región de Chínipas*. Chihuahua: Tallares Linotipográficos del Estado de Chihuahua.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, L. (1977). *Etnología y misión en la Pimería Alta 1715-1740. Informes y relaciones misioneras de Luis Xavier Velarde, Guiseppe Maria Genovese, Daniel Januske, José Agustín de Campos y Cristóbal de Cañas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- GRIFFEN, W. B. (1989). *Apaches at War and Peace: The Janos Presidio, 1750-1858*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- LA JORNADA. (2010). Toman 100 sicarios comunidades serranas de Sonora y ejecutan a dos hombres. Disponible en:
<http://www.jornada.com.mx/2010/04/10/index.php?section=opinion&article=007n1pol>
Consultado: 25/05/2019
- LÉVI-STRAUSS, C. (1992). *Historia de Lince*. Barcelona: Anagrama.
- OSEGUERA MONTEIEL, A. (2013). *La persistencia de la costumbre pima. Interpretaciones desde la antropología cognitiva*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Juan Pablos Editores/Instituto Nacional de Antropología e Historia/CONACULTA.
- SAHLINS, M. (1997). *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- WAGNER, R. (1981). *The Invention of Culture*. Chicago: The University of Chicago Press.
- WEBER, D. J. (2000). *La frontera española en América del norte*. México: Fondo de Cultura Económica.

WEST, R. C. (1993). *Sonora. Its Geographical Personality*. Austin: University of Texas Press.

WITTGENSTEIN, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.

WORCESTER, D. E. (1979). *The Apaches. Eagles of the Southwest*. Norman: University of Oklahoma Press.